

## **LA INTERIORIDAD COMO CAMINO DE BÚSQUEDA.**

Quiero hacer más las palabras que Agustín decía a sus fieles: “No quiero halagaros y que nadie ponga esperanza alguna en mí. No quiero tampoco lisonjearme a mí mismo ni a vosotros; cada uno lleva su carga; la mía es hablar así para que nadie me interprete mal, y la vuestra es oír, y oír con el corazón, para que nadie pida explicaciones de lo que decimos, y si alguna vez se pide, sea provechosa, no perjudicial” (Comentario al Evangelio de Juan 12,4).

### **1. Introducción.**

La doctrina y la experiencia espiritual de Agustín está dominada por la llamada constante a la interioridad. El hombre vale por lo que es en lo íntimo, y es que en el hombre interior habita la verdad que ilumina. Según la doctrina agustiniana es necesario que el hombre entre en sí mismo para poder trascenderse y encontrarse con Dios. Pero la interioridad trascendente agustiniana, tiene dos planos inseparables y complementarios: el especulativo-gnoseológico y el vital-existencial, ascético-místico. La interioridad no es un principio psicológico, la introspección, sino que es el principio de la metafísica de la verdad, y la autoconciencia (quien duda conoce la verdad) es el primer acto que especifica la interioridad. El "entra dentro de ti mismo" del libro sobre la Verdadera Religión, se convierte en el de La Trinidad en la "memoria sui" y la trascendencia en la "memoria Dei". Al final del libro La Trinidad dice: "Haz que me acuerde de ti, te comprenda y te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta mi reforma completa". Por otra parte, la interioridad tiene relación con las verdades eternas, con el mundo inteligible, la Iluminación y con la contemplación y es lo opuesto a la inmanencia de la filosofía moderna.

\* El ritmo de vida de Agustín, el espíritu que le mueve, el talante que podemos descubrir en él, está descrito, por su amigo y biógrafo Posidio, de forma espléndida con estas palabras: “Vivía con el pensamiento fijo en lo espiritual y eterno y como prendado de ello. Rarísima vez descendía de esas alturas. Estaba como en ascuas los momentos que le robaban los negocios temporales, y, como de algo que fuera dañino, huía de ellos y volvía otra vez a remontar el vuelo del pensamiento a su atmósfera adecuada, que es la interioridad y la altura. En ese medio o ambiente trabajaba Agustín con su inteligencia en la invención de nuevas verdades divinas, o en dictar las ya conocidas, o bien en la corrección de lo ya dictado y transcrito. Así vive Agustín: trabaja durante el día y medita durante la noche. Se parece su vida a la vida de aquella religiosísima María, símbolo de la Iglesia contemplativa, que estaba muy a gusto sentada junto a los pies del Señor oyendo con atentísima atención; mas, molesta su hermana, que estaba ocupadísima en muchos quehaceres, porque no le ayudaba, tuvo que oír del Señor: 'Marta, Marta, María ha sabido elegir la mejor parte, que jamás le será arrebatada’” (Posidio Vida, 24).

\* Es más, en los escritos de Agustín están contenidas las llamadas al valor supremo de la interioridad; y Agustín indaga el sentido profundo de estas llamadas, las etapas a recorrer para responder adecuadamente y los medios apropiados para conseguir vivir

dentro. La interioridad consiste en ocuparse de sí mismo, en conocerse, es decir, en trabajar para que seamos nosotros mismos, pero para que el hombre sea él mismo es necesario que viva conscientemente, y vivir conscientemente, entre otras cosas, será vivir conociéndose: “En gran estima suele tener el humano linaje la ciencia de las cosas terrenas y celestes; pero sin duda son más avisados los que a dicha ciencia prefieren el propio conocimiento. Más digna de alabanza es el alma conocedora de su debilidad que la de aquel que, desconociendo su condición enfermiza, avizora el curso de los astros en afanes de nuevos conocimientos con el fin de contrastar nuevas teorías, pero ignora la senda de su salvación y de su estabilidad. El que, movido por el fervor del Espíritu Santo, despertó ya en el Señor, y en su amor conoce la propia vileza, y, suspirando por la proximidad de Dios, experimenta su impotencia, e iluminado por el esplendor divino entra en sí y se encuentra a sí mismo, éste estará cierto de que su indigencia no puede anteponerse a la pureza de Dios” (La Trinidad 4, prólogo1).

+ Ocuparse de sí mismo en sentido profundo es investigar la propia raíz, porque, “al mismo tiempo llueve el Señor sobre la mies y sobre el zarzal; pero llueve en la mies para el granero, y llueve en el zarzal para el fuego. Sin embargo, la lluvia es única. Así, la palabra de Dios llueve sobre todos. Vea cada uno qué raíz tiene y para qué aprovecha la buena lluvia” (Sermón 4,31). “La raíz está verde, pero durante el invierno, aun el árbol verde es semejante al seco. Durante el invierno, tanto el árbol seco como el verde están desprovistos del honor de las hojas; uno y otro están desprovistos del honor de los frutos. Llegará el verano y distinguirá a los unos de los otros. De la raíz viva brotarán hojas y se llenará de frutos. La seca permanecerá estéril en verano como en invierno. Para aquella se prepara el hórreo; a ésta se le aplica el hacha, para ser enviada al fuego una vez cortada” (Sermón 36,4).

+ Por tanto, la interioridad es pensar en sí, conocerse a sí mismo, ir a lo profundo. Mientras que la exterioridad consiste en estar fuera de sí, buscar fuera la recompensa, la interioridad es una llamada a entrar en la conciencia y a interrogarnos: “La divina Escritura nos llama al interior apartándonos de la jactancia de estas apariencias externas; nos invita a entrar en el interior dejando las exterioridades que se ofrecen a las miradas de los hombres. Entra en tu conciencia y pregúntala. No atiendas a lo que florece fuera, sino a la raíz que está dentro de la tierra” (Comentario a la epístola de Juan 8,9). La vida interior es fuente de alegría inefable, aquella alegría que Agustín descubría en Ambrosio (cfr. Confesiones 6,3,3) y que más tarde él mismo experimenta: “¡Oh, qué dulce fue para mí carecer de repente de las dulzuras de aquellas bagatelas, las cuales cuanto temía entonces perderlas, tanto gustaba ahora de dejarlas! Porque tú las arrojabas de mí, ¡oh verdadera y suma dulzura!, tú las arrojabas, y en su lugar entrabas tú, más dulce que todo deleite, aunque no a la carne y a la sangre; más claro que toda luz, pero al mismo tiempo más interior que todo secreto” (Confesiones 9,1,1).

Esta experiencia, sin duda, ha iluminado considerablemente la vida interior de Agustín: “¿Dónde tú no caminaste conmigo, ¡oh Verdad!, enseñándome lo que debo evitar y

lo que debo apetecer, al tiempo de referirte mis puntos de vista interiores, los que pude y de los que te pedía consejo? Recorrí el mundo exterior con el sentido, según me fue posible, y paré mientes en la vida de mi cuerpo que recibe de mí y de mis sentidos. Después entré en los ocultos senos de mi memoria, múltiples latitudes llenas de innumerables riquezas por modos maravillosos, los cuales consideré y quedé espantado, y de todas ellas no pude discernir nada sin ti; mas hallé que nada de todas estas cosas eras tú. Ni yo mismo, el descubridor, que las recorrí todas ellas y me esforcé por distinguirlas y valorarlas según su excelencia, recibiendo unas por medio de los sentidos e interrogándolas, sintiendo otras mezcladas conmigo, discerniendo y dinumerando los mismos sentidos transmisores, y dejando aquellas y sacando las otras; ni yo mismo -digo-, cuando hacía esto, o más bien la facultad mía con que lo hacía, ni aun esa misma eras tú, porque tú eres la luz indeficiente a la que yo consultaba sobre todas las cosas: si eran, qué eran y en cuánto se debían tener; y de ella oía lo que me enseñabas y ordenabas. Y esto lo hago yo ahora muchas veces, y esto es mi deleite; y siempre que puedo desentenderme de los quehaceres forzosos, me refugio en este placer. Mas en ninguna de estas cosas que recorro, consultándote a ti, hallo lugar seguro para mi alma sino en ti, en quien se recogen todas mis cosas dispersas, sin que se aparte nada de mí. Algunas veces me introduces en un afecto muy inusitado, en una no sé qué dulzura interior, que si se completase en mí, no sé ya qué será lo que no es esta vida” (Confesiones 10,40,65).

El mayor enemigo que tenemos en nuestra vida interior es la dispersión, entendida como huida de sí, como no ser dueño de sí. Para dominar este enemigo Agustín propone la doctrina de la interioridad, que sin duda puede tener como antecedente y una de sus fuentes la doctrina de Plotino; en Plotino encontramos un texto que puede servirnos de punto de referencia en este momento, dice así: “Retorna a ti mismo y mira: si no ves todavía la belleza en ti, haz como el escultor de una estatua que debe ser bella. El escultor trabaja el mármol, quita un fragmento, cincela, alisa y pule a fin de sacar un hermoso rostro de ese trozo de mármol. Como él, tú quita lo superfluo, endereza lo que está torcido, aclara lo que está oscuro para hacerlo resplandeciente, y no dejes de esculpir tu propia estatua, hasta que la chispa divina de la virtud se manifieste y tú veas la templanza sentada sobre un trono sagrado” (Plotino, Eneadas I,6/1,9). “No corras, ve despacio; que a donde has de llegar es a ti mismo” (Juan Ramón Jiménez).

En las Confesiones así nos presenta el primer paso dado para su conversión: “Ante la sugerencia de aquellos escritos que me intimaban al retorno a mí mismo, penetré en mi intimidad, siendo tú mi guía. Fui capaz de hacerlo, porque tú me prestaste asistencia. Entré y vi con el ojo de mi alma, tal cual es, sobre el ojo mismo de mi alma, sobre mi inteligencia, una luz inmutable. No esta luz vulgar y visible a toda carne ni algo por el estilo. Era una luz de potencia superior, como sería la luz ordinaria si brillase mucho y con mayor claridad y llenase todo el universo con su esplendor. Nada de esto era aquella luz, sino algo muy distinto, algo muy diferente de todas las luces de este mundo. Tampoco se hallaba sobre mi mente como el aceite nada sobre el agua, ni como está el cielo sobre la tierra. Estaba

encima de mí, por ser creadora mía, y yo estaba debajo por ser hechura suya. Quien conoce la verdad, la conoce, y quien la conoce, conoce la eternidad. ¡Oh eterna verdad, verdadera caridad y amada eternidad! Tú eres mi Dios. Por ti suspiro día y noche. Cuando te conocí por vez primera, tú me acogiste para que viese que había algo que ver y que yo no estaba aún capacitado para ver. Volviste a lanzar destellos y a lanzarlos contra la debilidad de mis ojos, dirigiste tus rayos con fuerza sobre mí, y sentí un escalofrío de amor y de terror. Me vi lejos de ti, en la región de la semejanza, donde me pareció oír tu voz que venía desde el cielo: 'Yo soy manjar de adultos. Crece y me comerás. Pero no me transformarás en ti como asimilas corporalmente la comida, sino que tú te transformarás en mí'... Estas palabras las oí como se oye con el corazón"(Confesiones 7,10,16).

La interioridad agustiniana no se puede vulgarizar; no es la introspección psicológica. En la interioridad se entra dentro del yo, pero se entra con la luz valorativa de la que depende el sentido del yo. Esa luz es la invitación que se hace al yo a que realice en sí mismo la imagen de Dios, que es la vocación fundamental del hombre. El hombre se conoce a sí mismo en cuanto realiza su vocación fundamental, que es ser imagen de Dios e hijos de Dios. En el nivel más alto, interiorizarse viene a significar identificarse con Cristo, revestirse de la filiación de Cristo. Conocerse a sí mismo a este nivel, ser interior a sí mismo, es comprometerse en el dinamismo del Cuerpo de Cristo, del Cristo Total.

Es en el hombre interior donde el ser humano encuentra su consistencia y su alimento (cfr. Sermón 53,4). La interioridad agustiniana es un modo de leer y de vivir el mensaje cristiano, es valorar el mundo interior, el corazón, donde nos encontramos con Dios, por eso la interioridad es imprescindible para la búsqueda de Dios, y nos debe llevar a analizar críticamente las motivaciones profundas, sabiendo que "Sólo puede encender a los demás quien dentro de sí tiene fuego" (Comentario al salmo 103, s.2, 4). Dios habita en nosotros para ser advertido y reconocido como nuestra verdad y nuestra vida. A través de la búsqueda interior Agustín llega a una relación profunda y familiar con Dios y siente la necesidad de comunicar eso que ha descubierto.

Sin duda Agustín es el hombre de la interioridad y desea que todos ahondemos en este mundo interior, porque es la única manera de que no nos olvidemos de nosotros mismos. Por eso Agustín amonesta: "¡Oh hombre!, ¿hasta cuándo vas a estar dando vueltas en torno a la creación? Vuélvete a ti mismo, contéplate, sondéate, examínate" (Sermón 52,17).

Será necesario, por tanto, entrar en el santuario interior, y allí examinarse en profundidad: "Despereza tu conciencia, sube al tribunal de tu mente, no te perdones, examínate, te hable el interior del corazón, ve si te atreves a confesarte inocente" (Comentario al salmo 101,10); no es posible ocultarse a sí mismo por mucho tiempo: "¿Por qué quieres esconderte a ti mismo? Te hallas de espaldas a ti mismo, no te ves; haré que te veas. Lo que colocaste a la espalda, lo pondré delante de ti; y verás tu fealdad, no para

corregirte, sino para avergonzarte” (Comentario al salmo 49,28). Mi espalda es mi mitad olvidada y casi desconocida, colocarme a la espalda es no querer saber nada de mí mismo.

No tenemos que tener miedo a entrar en el interior, lo problemático sería no entrar porque nos convertiríamos en huéspedes en la propia casa, viviendo como desterrados en la patria; entrar en el interior es intentar reintegrarnos desde dentro, porque es ahí donde se vive y se tienen los grandes ideales: “¿Por qué miras alrededor de ti y no vuelves los ojos adentro de ti? Mírate bien por dentro, no salgas fuera de ti mismo” (Sermón 145,3).

En todos los tonos y siempre que tiene ocasión, Agustín invita a sus oyentes a que hagan la experiencia de la interioridad: “Retornad, hombres, de vuestras afecciones. ¿Adónde vais? ¿Adónde corréis? ¿Adónde huís, no sólo de Dios, sino también de vosotros? Volved, prevaricadores, al corazón, escudriñad vuestro espíritu, pensad en los años eternos, encontrad la misericordia de Dios que tiene para con vosotros, contemplad las obras de Dios: su camino está en el Santo” (Comentario al salmo 76,16). En el fondo Agustín nos está diciendo que la carrera que tenemos que hacer tiene como meta nosotros mismos, y allí, estando en íntimo contacto con nosotros mismos y con Dios, hemos de procurar agradar al Señor en todo: “Recapacita; se juez para ti en tu corazón. Procura que en lo secreto de tu aposento, en el fondo más íntimo de tu corazón, donde estás tú solo y Aquel que también ve, te desagrade allí la iniquidad para que agrades a Dios” (Comentario al salmo 65,22).

La interioridad nunca es una evasión porque las cosas nos van mal en el exterior, ni es un ir en busca de la soledad porque nos estorban los hombres: “Luego por eso tú intentabas conseguir la soledad y las alas, por eso te quejas al no poder tolerar la contradicción y la iniquidad de esta ciudad. Descansa con aquellos que están dentro contigo y no pretendas conseguir la soledad” (Comentario al salmo 54,15); parece indicarnos Agustín que nadie sabe estar solo si no sabe estar con los demás, como nadie sabe estar con los demás si no sabe estar solo; pero esta soledad no es evasión, sino contacto en la interioridad.

Pero además, por mucho que se empeñe el hombre en salir fuera de sí, no podrá ocultarse a sí mismo, no logrará separarse de sí, ni de Dios, por eso lo inteligente no es huir, sino incluir, abrazar desde dentro la propia vida y arrojarse seguro en Dios como lugar de refugio: “Sé tú para mí casa de refugio, Dios protector, casa de refugio. Algunas veces me hallo en peligro y quiero huir; pero ¿adónde iré? ¿A qué lugar huiré seguro? ¿A qué monte, a qué caverna, a qué lugar cubierto y defendido? ¿Qué fortaleza ocuparé? ¿Con qué murallas la defenderé? A cualquier parte que vaya me sigo. Tú, hombre, puedes huir a donde quieras, pero no fuera de tu conciencia. Entra en tu casa, descansa en tu lecho, penetra en el interior, nada más interno puedes hallar a donde huir fuera de tu conciencia... Por eso tú eres mi casa de refugio, a ti me acojo. Porque ¿adónde iré fuera de ti? Si se enoja Dios contigo, ¿adónde huirás?... Adondequiera que vaya, allí te encuentro. Y si te enojas, te encuentro vengador; si te aplacas, auxiliador. Nada me queda si no es ir a ti; no huir de ti... Para escapar de Dios vete al Señor. Porque no hay lugar adonde huyas en donde no esté

Dios... Luego, compadeciéndose, se acercó, le curó, le condujo a la posada, y cumplió con él misericordia; así ya puede andar el herido, ya puede huir. ¿Adónde ha de huir sino a Dios, en donde se construyó la casa de refugio?” (Comentario al salmo 30,II,s.1,8).

## **2. Sentido auténtico de la interioridad agustiniana.**

La formulación precisa de la doctrina agustiniana sobre la interioridad la encontramos en el libro sobre la verdadera religión, y dice: “No quieras ir fuera; entra en ti mismo; en el hombre interior habita la verdad; y si vieras que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo” (La verdadera religión 39,72). El hombre interior es el hombre que vive según razón, que tiende a contemplar los inteligibles, tiene como misión iluminar al hombre exterior, que vive según los sentidos, identificado con frecuencia con lo que me gusta y me apetece. El hombre interior es el que vive según lo más noble del hombre, es decir, según la imagen de Dios en él. Aquí, en este momento, nos interesa sobre todo la interioridad unida a la invocación, como reclamando en el hombre la conciencia de sí mismo y de Dios en él. Y es que la esencia de lo agustiniano, y, por tanto, lo que se puede conocer como el fundamento, el principio inamovible de la espiritualidad de San Agustín, es la conciencia de los valores personales y de los valores eternos dentro de sí mismo, y esta conciencia ha de conducirnos a amarlos. Hemos de perseguir unirnos a Dios, pero, evidentemente, “si tú mismo estás lejos de ti, ¿por dónde vas a poder aproximarte a Dios?” (Comentario al evangelio de Juan 23,10).

**\* Entra en ti mismo.-** Agustín había vivido fuera, se había derramado en el exterior, como desterrado de la propia casa, falto de descanso y de paz, habitaba en el lugar de la desemejanza (Recordemos todo el peregrinaje de Agustín en su época maniquea). Así nos presenta su estado de ánimo en un texto de sus Confesiones: “Yo fijaba mi atención en las cosas que ocupan lugar, por lo que no hallaba en ellas lugar de descanso ni me acogían de modo que pudiera decir: '¡Basta! ¡Está bien!', ni me dejaban volver adonde me hallaba suficientemente bien. Porque yo era superior a estas cosas, aunque inferior a ti; y tú eras gozo verdadero para mí sometido a ti, así como tú sujetaste a mí las cosas que criaste inferiores a mí. Y este era el justo temperamento y la región media de mi salud: que permaneciese a imagen tuya y, sirviéndote a ti, dominase mi cuerpo. Mas habiéndome yo levantado soberbiamente contra ti y corrido contra el Señor con la cerviz crasa de mi escudo, estas cosas débiles se pusieron también sobre mí y me oprimían y no me dejaban un momento de descanso ni de respiración” (Confesiones 7,7,11; cfr. Confesiones 12,20,38).

Así, probando las tinieblas y experimentando la oscuridad, en medio del ruido era imposible que pudiese oír la “voz del retorno” que seguía sonando fuerte en el interior. Agustín, después de haberse recobrado, hace una preciosa oración a Dios, que nos descubre un algo de su caminar; dice así: “¡Oh verdad, lumbré de mi corazón, no me hablen mis tinieblas! Me incliné a éstas y me quedé a oscuras; pero desde ellas, sí, desde ellas te amé con pasión. Erré y me acordé de ti. Oí tu voz detrás de mí, que volviese; pero apenas la oír por el tumulto de los sin-paz. Mas he aquí que ahora, abrasado y anhelante, vuelvo a tu

fuelle. Nadie me lo prohíba: que beba de ella y viva de ella. No sea yo mi vida; mal viví de mí; muerte fui para mí. En ti comienzo a vivir: háblame tú, sermonéame tú” (Confesiones 12,10,10).

Con la dispersión se convierte uno en tierra baldía, en región de esterilidad; se pierde la posibilidad de dar fruto digno y sabroso: “Yo me alejé de ti y anduve errante, Dios mío, muy fuera del camino de tu estabilidad allá en mi adolescencia y llegué a ser para mí región de esterilidad” (Confesiones 2,10,18). Cuando el hombre se proyecta en el exterior, también está dirigido por el amor, solamente que si el amor no sigue el orden debido, lo que reina es la anarquía: “No hay nadie que no se ame a sí mismo; pero hay que buscar el recto amor y evitar el perverso. Quien se ama a sí mismo, abandonando a Dios, y quien abandona a Dios por amarse a sí mismo, ni siquiera permanece en sí, sino que sale incluso de sí. Sale desterrado de su corazón, despreciando lo interior y amando lo exterior” (Sermón 330,3). Cuando el hombre sale de sí mismo, se separa de Dios y cuando se separa de Dios, sale de sí mismo. Lo cierto es que estando apartado de sí mismo no puede el hombre encontrarse con Dios, o, al menos, no se percata de la presencia de Dios. Así lo ha entendido Agustín en las confesiones: “¿Y dónde estaba yo cuando te buscaba? Tú estabas, ciertamente, delante de mí, mas yo me había apartado de mí mismo y no me encontraba, ¿cuánto menos a ti?” (Confesiones 5,2,2).

+ Leyendo a los platónicos, antes de su conversión definitiva, Agustín fue invitado a entrar en sí mismo; se siente incapaz de hacerlo por sus propias fuerzas, y Dios se hace su ayuda. Como siempre Dios se hace el encontradizo en las encrucijadas de todos los caminos humanos. Con esta ayuda, Agustín vuelve a sí mismo y se da cuenta del lugar donde está, ya sabemos que no hay peor enfermo que el que no se cree que está enfermo. Comienza a tomar conciencia de la propia unidad disipada; es el principio de la salud: “Y amonestado de aquí a volver a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti; y púdolo hacer porque tú te hiciste mi ayuda... Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la semejanza” (Confesiones 7,10,16).

Con este volverse a sí mismo, Agustín comienza a descubrir lo que es la realidad espiritual, que hasta este momento no podía comprender. No podemos dudar de que se trata de una experiencia de carácter intelectual en el proceso de Agustín, pero las repercusiones que tiene en la orientación de la vida son sumamente importantes. Lo cierto es que Agustín, a partir de este momento soluciona todo su escepticismo y puede lanzarse a una conquista y a una recuperación del tiempo perdido. Agustín es dueño de sí mismo. Ciertamente no está todo el camino recorrido, todavía anidarán en su interior una multitud de dudas y de interrogantes, pero ha aprendido el camino de la solución, está en la orientación adecuada para llegar a descubrir lo que es Dios y poder entregarse en cuerpo y alma a Él.

+ De lo dicho podemos concluir que para una búsqueda seria y sincera de Dios, se necesita antes la reconquista del propio ser, sin este paso previo, nuestros intentos caminan

hacia el fracaso más rotundo. Lo importante será volver al propio corazón, recorrer los caminos de la interioridad. Por eso Agustín amonestaba a sus fieles, y nos amonesta también a nosotros: “Volved al corazón, ¿qué es eso de ir lejos de vosotros y desaparecer de vuestra vista? ¿Qué es eso de ir por los caminos de la soledad y vida errante y vagabunda? Volved. ¿A dónde? Al Señor. Es pronto todavía. Vuelve primero a tu corazón; como en un destierro andas errante fuera de ti. ¿Te ignoras a ti mismo y vas en busca de quien te creó? Vuelve, vuelve al corazón y deja tu cuerpo; tu cuerpo es tu casa. Tu corazón siente también por tu cuerpo; pero tu cuerpo no siente lo que tu corazón. Deja también tu cuerpo y vuelve a tu corazón” (Comentario al evangelio de Juan 18,10).

El retorno a sí mismo lo entiende todo aquel que ha buscado a Dios interrogando a las criaturas: “Veo, pues, las cosas que hizo mi Dios, pero a El, que las hizo, no le veo. Mas como deseo, al parigual que el ciervo, el manantial de las aguas, y en él hay fuente de vida..., y como asimismo las cosas invisibles de Dios se patentizan por las que han sido hechas, ¿qué haré para ver a mi Dios? Pondré la mirada en la tierra; ella fue hecha. Grande es la hermosura de la tierra, pero tiene su artífice. Portentosas son las maravillas de las semillas y de todos los seres que engendran, pero todas estas cosas tienen su Creador. Contemplo la amplitud del dilatado mar; me aturdo, me admiro, yo busco al Artífice. Miro al cielo, y veo la belleza de las estrellas; contemplo el esplendor del sol ejerciendo señorío del día y observo la luna atemperando la oscuridad de la noche. Maravillosas son estas cosas; son dignas de ser alabadas o de ser admiradas; no son terrenas, sino celestes. Con todo allí no está el anhelo de mi sed. Admiro estas cosas, las alabo, pero siento sed de Aquel que las hizo. Entro en mi interior y sondeo quién sea yo que indago estas cosas” (Comentario al Salmo 41,7).

**\* Trasciéndete.-** La doctrina de la interioridad en Agustín está vista como el camino de quien de las cosas exteriores ha entrado en sí mismo, pero para trascenderse y alcanzar a Dios, que no es otra cosa que alcanzar la Verdad. Parece lógico, conociendo un poco la doctrina agustiniana, que el paso obligado para una búsqueda de la verdad con garantías de éxito, sea la interioridad; es decir, será en el hondón del hombre, en la intimidad más íntima donde la verdad se hace presente y, en cierta medida, se impone con fuerza irresistible: “Pues ¿adónde arriba todo pensador si no es a la verdad? La cual no se descubre a sí misma mediante el discurso, si no es más bien la meta de toda dialéctica racional. Mírala como la armonía superior posible y vive en conformidad con ella. Confiesa que tú no eres la Verdad, pues ella no se busca a sí misma, mientras que tú le diste alcance por la investigación, no corriendo espacios, sino con el afecto espiritual, a fin de que el hombre interior concuerde con su huésped” (De la verdadera religión 39,72). Este es el sentido de la famosa frase: “no quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón” (De la verdadera religión 39,72), que es el mejor resumen de la doctrina de la interioridad trascendente agustiniana y donde se enraíza la doctrina del Maestro interior (Cfr. Del maestro) capaz de fundamentar la relación interhumana.

+ También para el hijo pródigo retornar a sí mismo significaba retornar a Dios. Agustín comentando la parábola del Hijo Pródigo, nos muestra cómo cuando uno ha decidido volver a sí mismo toma conciencia de que la salvación ha comenzado ya desde el mismo momento en que ha regresado a su interior. Pone en movimiento todos los recursos interiores y se lanza por encima de sí mismo a la conquista del Tú divino: “Quien se ama a sí mismo, ¿acaso confía en sí mismo? Tras abandonar a Dios, comienza a amarse a sí mismo, y para amar lo que está fuera de sí, sale de sí mismo... Ya estás viendo que te encuentras fuera. Comenzaste a amarte; si puedes, mantente en ti. ¿Por qué vas fuera? ¿Te has hecho acaso rico con el dinero, tú, amorador del dinero? Comenzaste a amar lo que es y te extraviaste. Por tanto, cuando el amor del hombre desde sí mismo se pone en movimiento hacia las cosas que están fuera comienza a hacerse tan vano como las cosas con las que anda y, en cierto modo, a derrochar sus fuerzas como si fuera un hijo pródigo. Se vuelve vacío, se anonada, se empobrece, apacienta cerdos... Y volviendo a su interior. Si volvió a su interior, es que había salido de sí. Quien había caído fuera de sí y se había alejado de sí, como primera cosa vuelve a sí para volver allí de donde había caído fuera de sí. Del mismo modo que, cayendo fuera de sí, permaneció en sí, así volviendo en sí, no debe permanecer en sí para no volver a salir de sí” (Sermón 96,2).

+ De la contemplación de las cosas visibles ha entrado en sí, pero para encontrar a Dios es necesario que se trascienda a sí mismo. Porque entrar en el interior, nunca puede significar quedarnos en una estéril contemplación de nosotros

misimos, sino descubrir que Dios está más allá. La interioridad no es un lugar de estancia, sino un lugar de paso, es el camino hacia la trascendencia. La interioridad nunca es autocontemplación de las riquezas interiores, sino valorar que esas riquezas que están dentro tienen su dueño. Ciertamente con la interioridad descubrimos la grandeza y la miseria propia. La grandeza que pertenece a Dios y la pobreza que es nuestra cosecha. Lo cierto es que la interioridad nos empuja a conquistar la realización de la grandeza, que es lo que puede darnos la estabilidad y la plenitud: “Claramente nos muestras cuán grande hiciste la criatura racional para cuyo descanso feliz nada es bastante que sea menos que tú, por lo cual ni aun ella misma se basta a sí... Esto sólo sé: que me va mal lejos de ti, no solamente fuera de mí, sino aun en mí mismo; y que toda abundancia mía que no es mi Dios, es indigencia” (Confesiones 13,8,9).

Agustín nos invita a realizar el camino que él mismo ha recorrido, se diría que ha sido su propia experiencia la gran maestra Y que de ella saca el método para todo el que quiera llegar a Dios. El camino va desde la contemplación de las cosas visibles, entrando en sí mismo y trascendiéndose para llegar al encuentro con Dios: “Busco a mi Dios entre las cosas visibles y corporales, y no lo encuentro. Busco su sustancia en mí mismo, como si fuera algo igual a mí, y no la hallo. Siento que es algo que está por encima de mi alma... ¿Cuándo percibirá mi alma lo que se busca por encima de ella sino es cuando se vuelque sobre sí misma? Si permaneciese inactiva, no se vería más que a sí misma, y al verse no vería a Dios” (Comentario al salmo 41,8).

El camino de Agustín es un camino de profundidad y de ascensión, es necesario recorrer una serie de peldaños si queremos llegar hasta Dios: “Esos tus fantasmas te engañan. Alza tu vuelo sobre el cuerpo y experimenta el sabor del alma; eleva tu vuelo después sobre el alma y experimenta y gusta a Dios. No puedes tocar a Dios si no pasas del alma. ¿Cuánto menos, pues, lo tocarás si permaneces en la carne? Aquellos que gustan de la carne, ¡cuán lejos están de gustar lo que es Dios, cuando ni tendrían ese sabor aunque gustaran ya del alma! Es mucha la separación entre Dios y el hombre cuando gusta la carne; hay una gran distancia entre la carne y el alma, pero la hay todavía mayor entre el alma y Dios. Si tú estás en el centro de tu alma, estás como en medio. ¿Miras abajo? Cuerpo es lo que ves. ¿Miras arriba? Lo que ves es Dios. Álzate sobre tu cuerpo y también sobre ti mismo... Y así, pues, para llegar al contacto con mi Dios, de quien se me dice: '¿Dónde está tu Dios?', no levante mi alma sobre mi carne, sino sobre mí mismo, para llegar al contacto con El. Por encima de mí está el que me creó. Nadie lo alcanzará sino quien se eleva sobre sí” (Comentario al evangelio de Juan 20,11).

Solamente entrando dentro de nosotros, para encontrarnos con Dios, conseguiremos la vida feliz: “Está escrito por la autoridad divina que no llamemos maestro nuestro a nadie en la tierra, puesto que el solo Maestro de todos está en los cielos. Mas qué haya en los cielos, lo enseñará aquel que por medio de los hombres y

de sus signos nos advierte exteriormente, a fin de que, vueltos a El interiormente, seamos instruidos. Amarle y conocerle constituye la vida bienaventurada, que todos predicán buscar; mas pocos son los que se alegran de haberla verdaderamente encontrado” (Del maestro 14,46).

Ciertamente el que obra dentro del hombre es Cristo, pero no es menos cierto que el hombre tiene la sagrada misión de preparar la acción divina y cooperar con ella. Para poder cumplir dignamente con esta delicada misión, es necesario construir en nuestro propio interior un hogar para poder acoger en él a Dios: “Edifiquemos también nosotros mismos -dice Agustín- y hagamos una casa en nuestro corazón, a donde venga El a enseñarnos y a hablar con nosotros” (Comentario al evangelio de Juan 7,9).

Con este trabajo de edificación, puede convertirse nuestro corazón en sede de la sabiduría. Cuando la casa esté bien preparada, será como un reclamo para Dios. Y vendrá, ¡cómo no!: “¿Es su santo trono el cielo? ¿Quieres tú también ser su santo trono? Puedes serlo. Prepárale un lugar en tu corazón; vendrá y se sentará de buen grado. Él es la verdad y la sabiduría de Dios... El alma del justo es trono de la sabiduría, sea tu alma justa, y serás trono real de la sabiduría” (Comentario al salmo 46,10).

Por mucho que el hombre quiera huir, nunca se esconderá lo suficiente para que Dios no esté presente; por eso, lo más inteligente será no huir de Dios, que será imposible, sino huir a Dios, y Dios está y le podemos encontrar mejor en el interior, de ahí que el caminar al interior será la gran obra a realizar, dado que la interioridad, de alguna manera, se impone: “No acabarás rehuyendo el trabajo. ¿Eliges huir de Él y no a Él? Encuentra adonde y huye. Y si no puedes huir de Él, porque está doquier presente, huye a Dios de inmediato, pues está presente donde tú estás” (Sermón 69,4).

**\* Dios habla al corazón.-** Dios es el Maestro Interior, la luz que ilumina lo más íntimo del hombre. Será necesario, por tanto, acoger a Dios en el corazón, ya que es allí donde somos templos suyos: “Si hemos rota ya en vuestro corazón, como en templo de Dios, el simulacro de forma humana... Bien le buscas si le buscas de corazón. Se habla del rostro de Dios, del brazo de Dios, de los pies de Dios, del trono de Dios, del escabel de sus pies, pero no pienses en miembros humanos. Si quieres ser templo de la verdad, quiebra el ídolo de la falsedad. La mano de Dios es su poder; su rostro, su conocimiento; sus pies, su presencia; su trono, si quieres, lo eres tú... Escucha: 'El alma del justo es el trono de la sabiduría'. ¿Dónde tiene Dios su trono sino donde habita? ¿Dónde habita sino en su templo? Santo es el templo de Dios, que sois vosotros. Mira, pues, cómo concibes a Dios. Dios es espíritu; conviene adorarle en espíritu y en verdad. Entre ya a tu corazón, si así te place, el arca de la alianza y rueda por el suelo Dagón. Ahora, pues, escucha, y aprende cómo debes desear a Dios, y cómo prepararte para poder verlo. Dichosos, dijo, los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. ¿Por qué preparas los ojos del cuerpo? Si con ellos se le pudiera ver,

ocuparía un espacio local. No ocupa espacio alguno quien está en todas partes en su totalidad. Limpia el ojo con que puedas verle” (Sermón 53,7).

A Dios sólo se le puede acoger con los miembros apropiados, lo mismo que sólo con el ojo se puede captar la luz: “El ojo es algo del cuerpo y, sin embargo, goza sólo él de la luz; los demás miembros corporales pueden inundarse de luz, mas no sentirla; sólo el ojo se inunda de luz y goza de ella. Así también en nuestra alma hay algo que es el entendimiento. Este algo que es el entendimiento y la mente, es esclarecido por una luz superior, y esa luz superior que esclarece a la mente humana es Dios. El era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Esta luz era Cristo” (Comentario al evangelio de Juan 15,19).

+ Nosotros hablamos con Dios y El habla con nosotros en el interior. Es en el interior donde Dios se hace interlocutor del hombre, allí nos habla y le hablamos, se puede entablar una conversación donde él enseñe sus grandes lecciones: “Volveos a vuestro interior, y si sois fieles allí encontraréis a Cristo. Es El quien habla allí. Yo grito, pero él enseña con su silencio más que yo hablo. Yo hablo mediante el sonido de mi palabra; él habla interiormente infundiendo pensamientos de temor. Grabe él, pues, en vuestro interior las palabras que me atreví a deciros: 'vivid bien para no morir mal'. Puesto que hay fe en vuestro interior y, en consecuencia, habita Cristo en él, él os enseñará lo que yo deseo proclamar” (Sermón 102,2). Este hablar de Dios es del todo particular, es un hablar sin ruido alguno, es el hablar de la presencia y de la acción, que mueve al hombre a actuar. Es un hablar tan personal que sólo el interesado puede escucharlo: “Esto dice el Señor en el interior, donde sólo tú puedes oír” (Sermón 21,6).

Por otra parte, solamente la voz del corazón es suficientemente clara para que pueda oírla Dios. Dios sólo escucha las palabras que pronuncia la boca interior: “¿De qué boca mía? De la de mi corazón, pues allí poseemos la voz que Dios oye, y que de ningún modo percibe el oído humano... Existe una boca interior; allí rogamos y por ella rogamos; y, si preparamos hospedería o casa al Señor, allí hablamos y allí somos oídos, pues no está situado lejos de cada uno de nosotros Aquel en quien vivimos, nos movemos y somos. Únicamente te aleja de Dios la iniquidad. Echa por tierra la interpuesta pared del pecado, y estarás con Aquel a quien pides” (Comentario al salmo 137,2).

Aunque el hombre viva en la dispersión, Dios es siempre fiel a la cita. Él sigue siempre presente, y basta con que el hombre se vuelva a sí mismo y le busque para que se haga el contradicho y regale su consuelo: “Conviértanse, pues, y búsquente, porque no como ellos abandonan a su Criador así abandonas tú a la criatura. Conviértanse y al punto estarás tú allí en sus corazones, en los corazones de los que te confiesen, y se arrojen en ti, y lloren en tu seno a vista de sus caminos difíciles, y tú,

fácil, enjugaras sus lágrimas; y llorarán aún más y se gozarán en sus llantos, porque eres tú, Señor, y no ningún hombre, carne y sangre, eres tú, Señor, que les hiciste, quien les repara y consuela” (Confesiones 5,2,2).

Cristo es el Maestro interior, que se acoge en el corazón con la fe. Agustín, invita a sus fieles a que vuelvan al corazón para descubrir allí la imagen que Dios ha dejado grabada, y poder así ser nuevos: “Volved al corazón; mira allí que es lo que tal vez sientes de Dios; allí está la imagen de Dios. En el hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios, conoce en su imagen al Creador” (Comentario al salmo 18,10). Dios trabaja y vive en el interior y desde dentro habla: “Te baste el que ve; lo ve El, que retribuye. Ama dentro El, que ve el interior. Ama dentro; sea también amado interiormente Aquel que lleva a cabo la misma hermosura interior. No deleites a los ojos externos con el intento de ser visto y alabado; atiende a lo que sigue: 'Toda la hermosura de la hija del rey es interna. Externamente, sin duda, el vestido es de oro y variado, pero dentro conoce la hermosura el que ama su hermosura. ¿Cuáles son los secretos de la hermosura? Los de la conciencia. Allí ve Cristo, allí ama, allí habla, allí castiga, allí premia” (Comentario al salmo 44,29).

+ La interioridad agustiniana invita al hombre a que eleve el corazón, siguiendo el camino de la vida exterior al interior, o del hombre viejo al nuevo: “Se le llama el hombre viejo, exterior y terreno, aun cuando logre lo que el vulgo llama la felicidad, viviendo en una sociedad también terrena bien construida... Mas siguen muchos íntegramente, desde la cuna hasta el sepulcro, este género de vida del hombre, a quien acabamos de describir, viejo, exterior y terreno, ora guarde alguna clase de moderación que le es propia, ora vaya más allá de lo que exige una justicia servil. En algunos, si bien comienzan necesariamente por él, se produce un segundo nacimiento, y eliminan y acaban todas sus etapas con el vigor espiritual y el crecimiento en la sabiduría, sometiéndolas a leyes divinas hasta la total renovación después de la muerte. Este se llama el hombre nuevo, el interior y celestial, que tiene también, a su manera, algunas edades espirituales, que no se cuentan por años, sino por los progresos que el espíritu realiza” (De la verdadera religión 26,49).

La ascensión del corazón en el camino de la interioridad, Agustín nos lo presenta en clave de experiencia personal. Este proceso de elevación, Agustín lo utiliza con bastante frecuencia. En el libro Sobre la verdadera Religión (26,49), nos lo presenta en siete grados, que podríamos llamar muy bien los siete grados de oración o las siete edades del espíritu. Pero posiblemente donde mejor ha dejado plasmado dicho proceso, porque además nos lo presenta en clave de experiencia personal, es en la narración de lo que se ha llamado éxtasis de Ostia. Allí nos dice: “Inquiríamos los dos delante de la verdad presente, qué eras tú, cuál sería la vida eterna de los santos... Abrimos anhelosos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos de tu

fuelle..., para que, rociados según nuestra capacidad, nos formásemos de algún modo idea de cosa tan grande... Levantándonos con más ardiente afecto recorrimos gradualmente todos los seres corpóreos, hasta el mismo cielo... Y subimos todavía más arriba, pensando, hablando y admirando tus obras; y llegamos hasta nuestras almas y las pasamos también, a fin de llegar a la región de la abundancia indeficiente, a donde tú apacientas a Israel eternamente con el pasto de la verdad, y es la vida de la Sabiduría... Y mientras hablábamos y suspirábamos por ella, llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón; y suspirando y dejando allí prisioneras las primicias de nuestro espíritu, tornamos al estrépito de nuestra boca” (Confesiones 9,10,23-24).

La vida de interior es fuente de alegría y de estabilidad: “Con solo oírte soy feliz, y con tu sola voz soy feliz, y bebiendo del interior soy feliz. Por eso no caigo, y por eso se regocijan mis huesos, y por eso el amigo del Esposo se sostiene en pie y está oyendo: 'Se sostiene en pie precisamente porque está oyendo'. Bebe de la fuente que está en el interior, y por eso permanece en pie. Quienes rehusaron beber de la fuente interior, cayeron y fueron echados fuera y no pudieron sostenerse en pie” (Comentario al evangelio de Juan 25,17). Esto lleva consigo una forma determinada de comportarse: “Todo el que interiormente se alimenta de la palabra de Dios, no va en este yermo en pos del placer. El que vive sometido al Dios único, no busca en el monte, esto es, en la exaltación terrena, su jactancia. El que se deleita en el espectáculo de la verdad eterna, no se precipita de la cima del cuerpo, o de los ojos corporales, para curiosear lo temporal y lo inferior” (De la verdadera religión 38,71).

### **3.3. Para vivir dentro.**

**\* Purificación y liberación.-** La persona que quiera recorrer los caminos de la interioridad, necesariamente tiene que someterse a un proceso de purificación, es decir, quitar todo lo que obstaculice la acción del Maestro interior: “Queremos ver a Dios, buscamos verle y ardemos por conseguirlo... No se te permite ver con el corazón impuro lo que no se ve sino con el corazón puro. Serás rechazado, alejado; no lo verás... 'Dichosos, dijo, los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios'. ¿Por qué preparas el ojo del cuerpo? Si con ellos se le pudiera ver, ocuparía un espacio local. No ocupa espacio alguno quien está en todas partes en su totalidad. Limpia el ojo con que puedas verle” (Sermón 53,6-7).

+ El que quiera recorrer los caminos de la interioridad, necesariamente tiene que dejar a un lado las cosas, porque el hombre, proyectado en el exterior, considera las cosas como fines y no como medios, que es en definitiva lo que son. Es decir, el hombre, en lugar de utilizar las cosas, se dedica a gozar de ellas, olvidando que en su interior habita Dios que es el único gozo verdadero: “Dice que los hombres que se desvían de la justicia son una especie de fugitivos. Algo así como aquel joven que se largó a lejanas tierras. Como el águila al caer sobre la presa. Desde las realidades de

rango superior en que de modo natural son felices las almas racionales, es decir, desde las obras de justicia, se han desplomado en los placeres de la tierra... El alma aficionada a las realidades exteriores va olvidándose del Creador que lleva dentro a medida que evoluciona hacia las realidades foráneas por el apetito que tiene de gozar de las criaturas... Que pase el temor de la Ley, para unirme a El con la libertad de la adopción y con la caridad. Porque no estoy conmigo mismo, ya que estoy apegado a las realidades de fuera” (Anotaciones a Job 9). Si el hombre está entretenido en las cosas, de alguna manera, estará esclavizado, porque las cosas no le dejarán libertad para tender hacia arriba: “Así pues, ahora escúchame, y te daré un consejo, y Dios estará contigo'. A mí me parece que aquí se indica que un ánimo demasiado atento a los actos humanos se vacía en cierto modo de Dios, y se llena de él tanto más cuanto más libremente tiende a las cosas superiores y eternas” (Cuestiones sobre el Éxodo 2,68). Es necesario, por tanto, apartarse y recogerse, y es que en medio del alboroto del mundo, le es muy difícil al hombre poder vivir dentro: “Créeme, es necesario un gran apartamiento de las cosas deleznables para que ni la temeridad, ni la dureza, ni el apetito de gloria vana, ni la credulidad supersticiosa, obliguen al hombre a vivir con temor. Es del retiro de donde brota el gozo sólido, que no admite comparación con las restantes alegrías” (Epístola 10,2).

Difícilmente puede entrar en nuestro corazón nada nuevo, si previamente no quitamos todas las bagatelas de las que estamos llenos. Tenemos que hacer un lugar: “Estás repleto de malos deseos si te declaro los bienes de Jerusalén, no los comprendes; conviene que te vacíes de lo que estás lleno para que puedas llenarte de lo que careces” (Comentario al salmo 136,10). Volver a sí mismo, en la terminología agustiniana, significa volver al lugar del propio ser para encontrar la paz y el descanso, significa correr hacia casa, buscar el lugar apropiado para recuperar las fuerzas perdidas en la dispersión. Significa empeñarse por adornar la propia estancia con las flores de las buenas obras: “Nuestro recinto o aposento es nuestro corazón; allí se percibe el alboroto de la mala conciencia y allí descansamos cuando existe la buena... Trabajemos por limpiar el recinto de nuestro corazón, para que pueda sernos cómodo. Conoce vuestra caridad cuánto padecen muchos públicamente en los tribunales, en las discusiones, en las disputas, en los enredos de los negocios; conoce también vuestra caridad como todo aquel que se halla fatigado por los asuntos del foro se dirige a su casa para descansar allí, y, por tanto, da pronto fin a los asuntos que le embargan en el foro y se retira al descanso de su casa. Cada cual tiene su casa en donde descansar. Pero si allí encuentra molestias, ¿en dónde puede descansar? Entonces, ¿qué diré? Que es un bien que, con todo, halle el descanso en su casa... Cuando quiere descansar de aquellas molestias exteriores, entra en casa; mas cuando no descansa aquí ni fuera, ¿en dónde hallará el descanso? Entra, a lo menos, en el recinto de tu corazón, a fin de penetrar en lo íntimo de tu conciencia” (Comentario al salmo 35,5).

Podríamos pensar que la interioridad es una cosa fácil, y, sin embargo, si miramos a Agustín, tendremos que decir que es todo lo contrario. La interioridad exige esfuerzo, exige trabajo, exige lucha constante. De hecho, todos lo sabemos por propia experiencia, es mucho más fácil "dejarse vivir", andar en la exterioridad sin responsabilidad aparente; es mucho más fácil andar de flor en flor siendo abejorros que pararnos en el interior y agotar la riqueza que allí anida. El encontrarse consigo mismo siempre es un compromiso serio y exigente. Entrar en sí mismo es un riesgo que pocos están dispuestos a correr, pero también es una obligación si queremos conocernos y conocer a Dios: "Guiarse de su luz para conocer a Dios y el alma que está en nosotros y en todas las partes es privilegio concedido a poquísimos hombres; y la causa es porque resulta difícil al que anda desparramado en las impresiones de los sentidos, entrar en sí mismo" (Del orden 2,11,30).

Creemos que no sería demasiada osadía afirmar que es una obligación de todo hombre abandonar el destierro de la dispersión y volver al lugar del propio ser para encontrarse, conocerse y recuperarse. Si no queremos vivir en la esclavitud, si queremos ser dueños de nosotros mismos, tenemos que apartarnos de las cosas externas. Ciertamente el mundo nos llama, las cosas nos reclaman, nos arrastran, nos solicitan. Su capacidad de atracción a veces es tan fuerte que difícilmente vencemos la tentación de poner nuestra confianza en ellas: "¡Cuántas cosas no te dice el mundo! ¡Cuánto no alborota a tu espalda para que mires atrás, es decir, para que pongas tu esperanza en lo presente!" (Sermón 105,7).

+ Para vivir en la interioridad es necesario un cierto grado de soledad y de silencio, ya que "es muy difícil ver a Jesucristo en el bullicio de la turba. Es exigencia de nuestra mente una cierta soledad; Dios se deja ver en la soledad de la intención. La turba hace ruido, y esta visión exige que haya silencio... No busques a Jesús en medio de la turba, es superior a todo lo que es turba" (Comentario al evangelio de Juan 17,11). Será necesario volver a la interioridad para encontrar las grandes riquezas que allí se encierran: "¡Cuántas riquezas no oculta el hombre dentro de sí, y, sin embargo, no cava! Este escudriñaba su espíritu y hablaba con él, y en la conversación hablaba mucho. Se interrogaba a sí mismo; se examinaba; y allí era su juez. Y prosigue: 'Escudriñaba mi espíritu'. Temiendo permanecer en su espíritu, habló mucho fuera y, como se anticiparon a las vigiliass todos sus enemigos, encontró allí la tribulación y desfalleció su espíritu. El que hablaba fuera comenzó a hablar seguro en su interior, donde a solas pensaba en silencio en los días eternos" (Comentario al salmo 76,9).

Se impone, por tanto, la tarea de purificar el corazón de todo aquello que lo contamina y que nos impide el permanecer dentro, de todo lo que impide que veamos a quien buscamos. La renuncia a las cosas terrenas y el retiro, son solamente un medio para purificar la mirada interior. La gran tarea, según Agustín, que tiene el hombre es precisamente esta labor de purificación: "Todo nuestro esfuerzo, hermanos, en esta

vida ha de consistir en sanar el ojo del corazón con que ver a Dios... Dios te hizo a ti, ¡oh hombre!, a su imagen. Dándote con que ver el sol que él hizo, ¿no te iba a dar con qué ver a quien te hizo, habiéndote hecho a su imagen? También te dio esto; te dio lo uno y lo otro. Pero si mucho es lo que amas estos ojos exteriores, mucho también lo que descuidas aquel interior; lo llevas cansado y herido. Si quien te fabricó quisiera mostrársete, te causaría dolor; es un tormento para tu ojo, antes de ser sanado y curado. Pues hasta en el paraíso pecó Adán y se escondió de la presencia de Dios. Mientras tenía el corazón sano por la pureza de la conciencia, se gozaba con la presencia de Dios; después que, por el pecado, su ojo quedó dañado, comenzó a temer la luz divina, se refugió en las tinieblas y en la densidad del bosque, huyendo de la verdad y ansiando la oscuridad” (Sermón 88,5-6).

Dios quiere habitar en tu corazón limpio y aseado: “Dios te dice: 'cuando aceptas destruirte con tus embriagueces, no derrumbas la casa de un cualquiera, sino la mía propia. ¿Dónde habitaré en adelante? ¿Entre estos escombros? ¿Entre estas inmundicias? Si fueras a recibir como huésped a cualquier siervo mío, arreglarías y limpiarías la casa a la que él iba a entrar; ¿y no limpias tu corazón adonde yo quiero habitar?’” (Sermón 278,8).

Tratándose de una purificación interior, lógicamente, nadie puede pensar hacerla desde fuera, a distancia, sino que será necesario introducirse dentro y trabajar desde allí. Agustín no deja de insistir que volvamos al corazón para arrojar de allí todo lo que impide que encontremos la paz y el descanso. Esta es una experiencia personal que solamente puede percibirla el propio protagonista: “Busqué al Señor y me oyó. ¿En dónde oyó el Señor? Dentro de ti. ¿En dónde da? Dentro. Allí oras, allí eres oído, allí eres santificado. Oraste; fuiste oído, fuiste santificado, y no se da cuenta quien está junto a ti... Si son desgraciados aquellos que al volver a su casa temen malhumorarse por algunas reyertas de los suyos, cuánto más miserables serán quienes no quieren entrar en su conciencia para no ser confundidos allí por alguna querella de los pecados... Arroja de allí la inmundicia de los deseos, la peste de la avaricia, la podredumbre de la superstición, los sacrilegios y los malos pensamientos... Entra, entra en tu corazón, y allí te alegrarás. Cuando comiences a gozar, la misma limpieza de tu corazón te deleitará y te hará orar. Te acontecerá como si hubieras venido a un sitio donde hay silencio, en donde quizá hay descanso, y el lugar está limpio; oremos, dices, aquí, pues te encanta la amenidad del paisaje y crees que allí te ha de oír Dios. Si te deleita la limpieza de un lugar visible, ¿por qué no te ofende la inmundicia de tu corazón? Entra en él, limpia todas las cosas, eleva los ojos a Dios, y al instante de oír” (Comentario al Salmo 33,s.II,8).

+ El mayor obstáculo para penetrar y permanecer en lo íntimo del corazón es la soberbia. Para Agustín el vivir fuera, este no encontrar el propio ser, no es otra cosa que la consecuencia lógica del propio orgullo, de la soberbia que campeaba por sus

fueros en su corazón: “Me había hecho sordo con el ruido de la cadena de mi mortalidad, justo castigo de la soberbia de mi alma, y me iba alejando cada vez más de ti y tú lo consentías; y me agitaba, y derramaba y esparcía, y hervía con mis fornicaciones y tú callabas, ¡oh tardo gozo mío!; tú callabas entonces, y yo me iba cada vez más lejos de ti tras muchísimas semillas estériles de dolores con una soberbia abyección y una inquieta laxitud” (Confesiones 2,2,2).

Parece normal que Agustín eche la culpa a la soberbia de su caminar sin rumbo, y más si tenemos en cuenta que la conversión nace de un acto de humildad. Sólo cuando Agustín ha sido capaz de dominar su absurdo orgullo y de aceptar al Cristo humilde, es decir, al Cristo que se Encarna, se convierte. Para Agustín la soberbia es la que impide que el hombre se plenifique y, si se la deja que tenga carta de ciudadanía en nuestra alma, llega incluso a anular nuestro ser más profundo. Dar la mano a la soberbia y trabar amistad con ella, es caminar al lento, pero implacable suicidio: “Por tanto, hincharse de soberbia significa para el alma derramarse al exterior o, lo que es lo mismo, vaciarse. Y vaciarse es ir aniquilándose. En efecto, derramarse al exterior ¿qué otra cosa significa que derramar nuestro ser más íntimo, es decir, alejar de nosotros a Dios, no con distancia espacial, sino con los afectos del corazón?” (La música 6,13,40).

Por tanto, vivir en la dispersión para Agustín es indistintamente salir fuera de sí o salir el alma de su lugar natural: Dios, dado que la intimidad más íntima del hombre, su ser más auténtico, no es otra cosa que la presencia de Dios en el interior, ser imagen de Dios. De aquí que separándose de Dios, el hombre se pierda a sí mismo, se anule. Esto es lo que consigue la soberbia: “Temo que la causa de salir el alma de Dios sea porque es soberbia; mejor dicho, no lo dudo siquiera, pues está escrito: 'El principio de todo pecado es la soberbia'; y también: 'El principio de la soberbia del hombre es separarse de Dios'. Esto es lo que está escrito, esto es inmutable, esto es verdad. ¿Qué dice, además, la Escritura al mortal soberbio, cubierto con los andrajos de la carne y oprimido por el peso de la carne corruptible y que, sin embargo, se enorgullece y echa en olvido la envoltura que le cubre? ¿Qué le dice la Escritura? '¿De qué se puede enorgullecer el que es tierra y ceniza?' ¿De qué se puede ensoberbecer? Que lo diga: porque en su vida arrojó lo más íntimo suyo. ¿Qué significa arrojar, sino lanzar lejos? Esto es lo que se llama salir fuera. Entrar en lo más íntimo es desear lo que hay de más íntimo, y lanzar lejos las intimidades más íntimas es salir fuera. Por el orgullo salimos fuera, por la humildad volvemos al interior” (Comentario al evangelio de Juan 25,15). Como vemos, para Agustín salir de Dios es desparramarse, y si queremos buscar a Dios con sinceridad, para estar con él, es necesario interiorizarse, volver a lo más íntimo.

Sabemos que una de las piezas claves del edificio espiritual agustiniano es la humildad, y también aquí tiene un puesto de privilegio, dado que el que quiera vivir en

la interioridad, tiene que ser humilde, de lo contrario no agradará a Dios: “El alma soberbia -dirá Agustín- pretende agradar a la vista de los hombres. Por el contrario, la humilde intenta agradar en lo oculto, allí donde ve Dios, para que, si hubiese complacido a los hombres por la buena obra, dé el parabién a quienes agradó la buena obra, no a sí mismo, a quien debe bastar el haberla ejecutado” (Comentario al salmo 18,11,16).

**\* Construcción.-** Para poder construir algo es necesario primero interrogarnos, examinar nuestra conciencia. Debemos tomar conciencia y reconocer la inmundicia que hay dentro, debemos interrogarnos sobre las propias intenciones, examinar la conciencia. Se tratará simplemente de querer ser honrados, de no intentar engañarnos a nosotros mismos, de ser sinceros. Agustín, hablando a sus fieles, les hace una llamada a esta honradez, y les dice: “Yo te pregunto y te encuentro a ti. Tú considera mi pregunta sonora e interrógate a ti mismo en silencio... Pero mi pregunta es esta: Si Dios no te viera en el momento de hacerlo ni nadie te acusase en el día del juicio, ¿lo harías? Examínate a ti mismo. No puedes responder a todas mis palabras; mírate a ti mismo” (Sermón 161,8).

+ Para vivir dentro es necesario acordarse de las obras del Señor y alegrarnos con ellas y pensar en los días eternos: “Me acordé de las obras del Señor. Vedle ya explayarse en las obras del Señor. Hablaba mucho fuera, y contristado por ello desfalleció en su espíritu. Habló mucho en su corazón y en su espíritu, y, escudriñando su mismo espíritu, se acordó de los días eternos, se acordó de la misericordia del Señor, porque no le rechazó el Señor para siempre; y comenzó ya a alegrarse seguro en sus obras, a regocijarse seguro... También nosotros tenemos nuestra recámara. ¿Por qué no entramos en ella? ¿Por qué no obramos en silencio? ¿Por qué no escudriñamos dentro nuestro espíritu? ¿Por qué no pensamos en los días eternos? ¿Por qué no nos alegramos en las obras de Dios? Ahora oigamos y, hablando él, nos alegremos de tal suerte, que también al marcharnos de aquí hagamos lo que, hablando él, hacíamos si es que hemos puesto ya mano a la obra del mismo comienzo de aquel que dijo: 'Ahora comencé'. Alegrarte en las obras de Dios es olvidarte aun de ti si es que puedes deleitarte en él solo. ¿Y qué cosa mejor que él? ¿No ves que cuando te diriges a ti te vuelves peor?” (Comentario al salmo 76,13).

+ Escuchar la voz de Dios que habla interiormente significa gozar y estar seguros: “Cuando oímos a Dios que nos sugiere y enseña interiormente algo, estamos seguros, y tranquilos gozamos; nos hallamos bajo la dirección del Maestro, buscamos su gloria, le alabamos enseñándonos él, nos deleita su verdad en el interior, en donde nadie hace ruido o le oye” (Comentario al salmo 50,13).

+ La interioridad alimenta en nosotros el deseo de Dios, que sólo puede descansar bebiendo en la fuente: “Corre a la fuente, desea la fuente de agua. En Dios está la fuente de vida, fuente perenne; en su luz encontrarás la luz que no se oscurece.

Desea esta luz, esta fuente, esta luz que no conocen tus ojos. El ojo interior se apresta para ver esta luz, la sed interior se inflama para beber de esta fuente. Corre a la fuente, desea la fuente. Pero no corras de cualquier modo, como cualquier animal; corre como el ciervo. ¿Qué significa corre como el ciervo? Que no sea lento el correr; corre veloz, desea pronto la fuente. El ciervo posee una vertiginosa velocidad” (Comentario al salmo 41,2).

Este deseo de Dios, este correr a la fuente implica tener una actitud orante: “Y dirigía, dice, mi oración a mi interior. En este verso hay un gran abismo; ayúdenos Dios para que se nos haga franqueable. En el abismo se percibe un secreto. Sin duda, hermanos, se nos manda también, de un modo especial, orar en nuestro abismo o seno interior, donde ve Dios, donde oye Dios, donde no penetra ojo humano alguno, donde sólo ve el que ayuda, donde oró Susana cuando su voz no fue oída por los hombres, pero, sin embargo, fue oída por Dios. Esto se nos amonesta de modo particular” (Comentario al salmo 35,s.2,5).

El Maestro interior desea que oremos en lo profundo de nuestro ser, en el hombre interior, para que allí seamos por él iluminados: “A mi parecer, ignoras que se nos ha mandado orar con los recintos cerrados, con cuyo nombre se significa lo interior del corazón, porque Dios no busca que se le recuerde o enseñe con nuestra locución que nos conceda lo que nosotros deseamos. Pues el que habla, muestra exteriormente el signo de su voluntad por la articulación del sonido; y a Dios se le ha de buscar y suplicar en lo íntimo del alma racional, que es lo que se llama hombre interior, pues ha preferido que éste fuese su templo. ¿No has leído en el Apóstol: 'Ignoráis que sois templo de Dios, y que el espíritu de Dios habita en vosotros', y 'que Cristo habita en el hombre interior'? ¿Y no has advertido en el Profeta: 'Hablad en vuestro interior y en vuestros lechos compungíos. Ofreced sacrificios justos, y confiad en el Señor'? ¿Dónde crees que se ofrece el sacrificio de justicia, sino en el templo de la mente y en el interior del corazón? Y donde se ha de sacrificar, allí se ha de orar” (Del maestro 1,2).

Es Dios el que va haciendo su obra en nosotros; dentro de nosotros tenemos una luz, un maestro que va enseñando todo lo que aprendemos y a él será necesario dar la gloria, aunque nosotros tenemos que poner las condiciones, a través de lecturas, reflexiones y peticiones, para aprender el conocimiento: “Es inevitable que ame poco a Dios quien estima que se hizo bueno a sí mismo y no lo atribuye a Dios. ¿Cómo se logrará que ése se gloríe, no en sí mismo, sino en el Señor? Quien se gloría por ser bueno, deberá gloriarse en Aquel que le hizo bueno. Quien estima que se hizo bueno a sí mismo, sin duda se gloriará en sí mismo y no en el Señor... En una acción de gracias sólo se trata de eso, de que quien se gloría se gloríe en el Señor... Leyendo y rumiando, si además suplicas con pureza a Dios, dador de todos los bienes, aprenderás todo lo

que es digno de conocimiento, o por lo menos mucho, más bien por inspiración de Dios que por amonestación de los hombres. Por lo demás, cuando aprobamos con juicio certero al que nos amonesta desde fuera, ¿qué otra cosa hacemos sino demostrar que poseemos una luz interior, un maestro?" (Epístola 140,85).

Agustín aspira a una interioridad plena y que plenifique, una interioridad que sea profunda y sin fin; "¿Que interioridad es esa de la que jamás se sale fuera? Interioridad muy íntima, interioridad dulcísima. ¡Oh retirada interioridad que no hastía, exenta del repugnante amargor de los malos pensamientos y libre de la turbación de las tentaciones y de los dolores! ¿No es por ventura esta intimidad retirada en la que entrará aquel que como a siervo benemérito dirá el Señor: 'Entra en el gozo de tu Señor'?" (Comentario al salmo 25,14).

### **3.4. Conclusión.**

**\* Necesidad de la interioridad.-** Según Agustín, la persona que quiera conocerse a sí misma, es necesario que recorra los caminos de la interioridad, es necesario que se mire a sí misma, que aprenda a vivir dentro: "Para conocerse necesita estar muy avezado a separarse de la vida de los sentidos y a replegarse en sí y vivir en contacto consigo mismo" (Del orden 1,1,3).

Cuando Agustín nos narra el encuentro con Ponticiano, como la experiencia personal de su conversión, nos lo dice en términos de encuentro consigo mismo y de conocimiento de la propia deformidad. Dice así: "Narraba estas cosas Ponticiano y mientras él hablaba, tú, Señor, me trastocabas a mí mismo, quitándome de mis espaldas, adonde yo me había puesto para no verme y poniéndome delante de mi rostro para que viese cuán feo era, cuán deforme y sucio, manchado y ulceroso. Veíame y llenábame de horror, pero no tenía adonde huir de mí mismo. Y si intentaba apartar la vista de mí, con la narración que hacía Ponticiano, de nuevo me ponías frente a mí y me arrojabas contra mis ojos, para que descubriese mi iniquidad y la odiase. Bien la conocía, pero la disimulaba, y reprimía y olvidaba" (Confesiones 8,7,16).

+ Por otra parte, la búsqueda de Dios impone la interioridad como un paso necesario y previo. Sólo si el hombre entra en sí mismo puede descubrir la verdad que habita en el interior, es decir, sólo cuando entramos dentro podremos descubrir la imagen de Dios que llevamos impresa. De aquí que retornar a sí es volver a Dios. De hecho Agustín comentando la parábola del Hijo Pródigo, nos dice: "¿Qué dijo al volver en sí para no permanecer en sí? Me levantaré e iré a mi padre. He aquí que el haber caído fuera de sí equivalía a haber caído fuera de su padre; había caído fuera de sí; de sí mismo había salido hacia las cosas que están fuera. Vuelto a sí se dirige hacia el padre, donde encuentra refugio segurísimo. Si, pues, había salido de sí y de aquel que le había dado el ser, al volver a sí para ir al padre, niéguese a sí mismo" (Sermón 96,2).

Alejarse de sí es alejarse de Dios, volver a sí es volver a Dios: “Y el alma, que anda fuera de sí, se la trae de nuevo a sí. Y lo mismo que se había alejado de sí misma, habíase alejado de su Señor. Esta alma, en efecto, se había mirado a sí misma, y salió complacida del examen, enamorándose con ello de su independencia. Se alejó de él sin quedarse en sí misma; siéntese impelida a salir de sí, sale fuera de sí misma y se precipita sobre lo exterior. Ama el mundo, ama lo temporal, ama lo terreno. Ya el amarse a sí misma, con desprecio de quien la hizo, fuera decaer, venir a menos; tan a menos como distancia hay de una cosa hecha a quien la hizo. Luego Dios ha de ser amado en tal modo que aun nos olvidemos de nosotros mismos, si ello fuera posible. ¿Cómo se ha de obrar esta conversión? El alma se olvidó de sí misma, mas por amor al mundo; olvídense ahora de sí misma, mas por amar al artífice del mundo. Empujada fuera de sí, en cierta manera se perdió a sí; y como ni ver sus hechos sabe, justifica sus excesos. Flotando a la deriva, tiene a gala su altivez, sus liviandades, los honores, los empleos, las riquezas, y toda vanidad contribuye a infatuarla. Pero viene la reprensión, viene la corrección, hácesela entrar en sí, se desagrada de sí, confiesa su fealdad, desea la belleza, y la disipada vuelve a Dios avergonzada... Dios, en efecto, persigue a los que le vuelven la espalda e ilumina el rostro de los que le vuelven la cara. ¡Oh fugitivo!, ¿a dónde huirás de Dios? ¿A dónde huirás huyendo de quien ningún espacio circunscribe y de ninguna parte se halla ausente? Quien da libertad al convertido, ¿se venga del huido? Fugitivo, es tu juez; vuelve a él y le hallarás padre” (Sermón 142,3-4).

Ciertamente para Agustín Dios habita en el interior de todo hombre: “Mas he aquí que él está donde se gusta la verdad: en lo más íntimo del corazón” (Confesiones 4,12,18). Dios constituye la intimidad más íntima del hombre, es el hondón del hombre: “Porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío” (Confesiones 3,4,11).

+ Pero la interioridad no solamente es necesaria para conocer lo que está por encima del hombre, como es Dios, sino que también para conocer lo que está por debajo, como es la hermosura del universo, la interioridad es necesaria. Es decir, si queremos conocer las cosas, si queremos comprender la realidad, la interioridad es el medio más al alcance que tenemos: “Así, el espíritu, replegado en sí mismo, comprende la hermosura del universo, el cual tomó su nombre de la unidad. Por tanto, no es dable ver aquella hermosura a las almas desparramadas en lo externo, cuya avidez engendra la indigencia, que sólo se logra evitar con el desapego de la multitud; y llamo multitud, no de hombres, sino de todas las cosas que abarcan nuestros sentidos” (Del orden 1,2,3). Por tanto, para el hombre es imprescindible, en cualquier campo en el que se quiera mover, el conocerse, el entrar en el "silencio" de su ser y morar en su interior.

+ Por otra parte, en el hombre interior está la fuente de la vida y si el hombre quiere vivir, y no sólo dar tumbos por la vida, tiene que entrar en su interior, diríamos

que es un principio elemental de coherencia y de sinceridad: “No en el exterior, fuera de ti, sino dentro, en ti mismo, ahí está la fuente de la vida... Debemos, pues, entrar para vivir; no nos creamos suficientes, porque pereceremos; no queramos saciarnos de lo nuestro, porque nos agotaremos; apliquemos la boca a la Fuente misma, donde no falta el agua jamás...” (Comentario al evangelio de Juan 25,17).

+ La vuelta al interior, por otra parte, es fundamental para "rumiar" la doctrina, para profundizar la enseñanza, para aprender las verdades inmensas. Esta es otra de las dimensiones de la interioridad que consistiría en volver hacer presente, para profundizarlas, todas las enseñanzas y las verdades que puedan orientar la existencia humana. Allí, en el hondón del alma, se hacen propias esas verdades, se asimilan y se las da el toque personal. Agustín, al finalizar un sermón sobre la Trinidad, recomienda a sus fieles la interioridad, dice así: “Dejemos algo para quienes gustan de discurrir, dejemos también algo para el silencio. Retorna a tu interior y apártate de todo estrépito. Vuelve la vista a tu interior si tienes allí algún retiro apacible para tu conciencia, donde no haya barullos ni querellas, donde no busques ni planees discusiones plenas de obstinación. Es ancha la palabra con mansedumbre para que la entiendas” (Sermón 52,22).

**\* En la vida interior, el protagonista siempre es el Espíritu.-** Es el Espíritu Santo el que suscita y alimenta en nosotros la vida interior haciéndonos morar en Dios: “Luego el Espíritu Santo hace que permanezcamos en Dios y Dios en nosotros, y esta obra es del amor. Por consiguiente, Él es el Dios-Amor. Por fin, al repetir poco después que Dios es caridad, añade a continuación: Él que permanece en el amor, en Dios permanece y Dios en él. Poco antes había dicho: Conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros porque nos dio de su Espíritu. Por consiguiente, el Dios-Amor es el Espíritu Santo. Cuando este Espíritu, Dios de Dios, se da al hombre, le inflama en amor de Dios y del prójimo, pues Él es amor. No puede el hombre amar a Dios si no es por Dios. Por esta causa dice San Juan: Amemos a Dios, porque Él nos amó primero. Y el apóstol San Pablo: La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado... La caridad que viene de Dios y es Dios, es propiamente el Espíritu Santo, por el que se derrama la caridad de Dios en nuestros corazones, haciendo que habite en nosotros la Trinidad. Por esta causa, siendo el Espíritu Santo Dios, se llama Don de Dios. ¿Y qué puede ser este Don, sino amor que nos allega a Dios, sin el cual cualquier otro don de Dios no nos lleva a Dios?” (La Trinidad 15,17,31-18,32).

+ El Espíritu es el que nos hace nacer a la vida nueva, una vida que tiene su sede en el interior: “Nacemos, pues, espiritualmente, y este nacimiento en el Espíritu es en virtud de las palabras y del sacramento. El Espíritu está presente para que nazcamos. El Espíritu de donde naces está invisiblemente presente, porque invisiblemente naces tú. Sigue hablando: 'No te extrañes que te haya dicho: Es

necesario que nazcas de nuevo; el espíritu sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene y adónde va'. No hay quien vea al Espíritu; ¿cómo, pues, se oye su voz? ¿Se oye un salmo? Es la voz del Espíritu. ¿Se oye el Evangelio? Es la voz del Espíritu. ¿Se oye la palabra divina? Es también la voz del Espíritu. Se oye su voz y no se sabe de dónde viene ni adónde va. Y si tú naces del Espíritu serás tal que quien no ha nacido aún del Espíritu no sabrá de ti ni de dónde vienes ni adónde vas. Esto es lo que añade el Señor: Así es todo el que ha nacido del Espíritu" (Comentario al evangelio de Juan 12,5). El Espíritu nos renueva cada día y nos enseña a gustar las delicias de Dios: "Todas esas asperezas y quebrantos que citó, los padeció con frecuencia y abundancia, pero le asistía el Espíritu Santo; éste, en la corrupción del hombre exterior, renovaba al interior de día en día, y dándole a gustar el reposo espiritual en la abundancia de las delicias de Dios, suavizaba todo lo presente en la esperanza de la bienaventuranza futura, y aligeraba todo lo pasado" (Sermón 70,2).

+ El Espíritu Santo es el que realiza en nosotros la unidad reuniéndonos de la dispersión, porque El, en el seno de la Trinidad, representa la comunidad: "Por eso, según nuestra capacidad, y en cuanto se nos permite ver estas cosas por espejo y en enigma, especialmente a unos hombres como nosotros, se nos presenta en el Padre el origen, en el Hijo la natividad, en el Espíritu Santo del Padre y del Hijo la comunidad, y en los tres la igualdad. Así, lo que es común al Padre y al Hijo, quisieron que estableciera la comunión entre nosotros y con ellos; por ese don nos recogen en uno, pues ambos tienen ese uno, esto es, el Espíritu Santo, Dios y don de Dios. Mediante él nos reconciliamos con la divinidad y gozamos de ella. ¿De qué nos serviría conocer algún bien si no lo amásemos? Así como entendemos mediante la verdad, amamos mediante la caridad, para conocer más perfectamente y gozar felices de lo conocido. Y la caridad se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado" (Sermón 71,18).

Este Espíritu Santo, que habita en nuestro interior, nos hace cuerpo de Cristo y anima nuestra oración mediante la caridad, ya que toda súplica que no nace de la caridad, es vana: "Él es el Espíritu de adopción de los hijos, en el que clamamos Abba, ¡oh Padre!, para que podamos decirle: 'Perdónanos nuestras deudas', y también, en esto conocemos, como dice el apóstol Juan, que Cristo permanece en nosotros por el espíritu que nos dio. El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Porque a él pertenece la unión por la que nos constituimos en el único cuerpo del único Hijo de Dios... Clamamos nosotros, pero en Él, es decir, porque él difunde la caridad en nuestros corazones, sin la cual clamaría en vano todo aquel que clama. Y por eso dice: 'Pero quien no tiene el espíritu de Cristo, no le pertenece'. ¿A quién pertenecerá dentro de la Trinidad la comunión de esta sociedad, sino a aquel espíritu que es común al Padre y al Hijo?" (Sermón 71,28-29).

+ El Espíritu Santo comunica al hombre interior santidad y alegría: “De aquí se deduce también que hablaba del río del Espíritu Santo al decir: 'Las avenidas del río alegran la ciudad de Dios'. ¿Qué sigue? 'Santificó su morada el Altísimo'. Luego si a continuación se consigna la palabra santificación, es evidente que aquellas avenidas del río han de entenderse del Espíritu Santo, con el que se santifica toda alma piadosa que cree en Cristo para hacerse moradora de la ciudad de Dios” (Comentario al Salmo 45,8). Donde está el Espíritu de Dios, allí está la santidad, pero el Espíritu se posa sobre el humilde: “Ahí está la santificación, pues ahí está el espíritu de Dios. Ved esa vocación, esto es, esa quietud, al decir: '¿Sobre quién descansa mi espíritu? Sobre el humilde, quieto y temeroso de mis palabras'. Los inquietos se desprenden del Espíritu Santo, son amantes de peleas, sembradores de calumnias, más amigos de la discusión que de la vanidad, y por su inquietud rechazan el descanso del sábado espiritual. Contra la inquietud de estos tales, como para que admitan en el corazón el sábado, o santificación del espíritu de Dios, se les dice: 'sé manso al escuchar la palabra, para que la entiendas... En cuanto yo opino, en cuanto vosotros conocéis, en cuanto creemos, no hay ninguna santificación divina y auténtica sino por la gracia del Espíritu Santo. No en vano se llamó propiamente Espíritu Santo. Aunque el Padre es santo y el Hijo es santo, el Espíritu recibe ese nombre como propio, de modo que la tercera persona de la Trinidad se llama Espíritu Santo. El descansa en el hombre humilde y sosegado como en su sábado” (Ser 8,6 y 17).

+ El Espíritu Santo gime en nosotros y nos enseña a suspirar por la patria: “El Espíritu Santo no gime, pues, en sí mismo ni dentro de sí mismo en aquella Trinidad, en aquella felicidad, en aquella eternidad de sustancia; gime en nosotros, porque nos hace gemir. No es pequeña cosa la que nos enseña el Espíritu Santo. Nos insinúa que somos peregrinos y nos enseña a suspirar por la patria, y los gemidos son esos mismos suspiros... Y mientras sus gemidos sean por esto, son gemidos santos. El Espíritu Santo es quien le enseña a gemir así; de la paloma aprende ese gemido” (Comentario al evangelio de Juan 6,2). Estamos seguros que “el Dios de las misericordias ayuda a los que miran y enciende la luz interior a quienes buscan la verdad” (Réplica a la carta llamada del Fundamento 27).

## LA INTERIORIDAD EN SAN AGUSTÍN.

### 1. Introducción:

\* El talante de Agustín ----- Posidio, Vida 24

\* La importancia de conocerse ----- La Trinidad 4 prólogo 1.

. Investigar la raíz ----- Sermón 36, 4; 4, 31.

. Interrogarnos en la conciencia--- Comentario 1ª Epístola de Juan 8, 9.

### 2. Sentido de la interioridad agustiniana:

\* Entra en ti mismo:

. Experiencia de Agustín -- Confesiones 7, 7, 11.

. Los platónicos le invitan a entrar ---- Confesiones 7, 10, 16.

. La vuelta a sí ----- Comentario al Evangelio de Juan 18, 10.

\* Trasciéndete:

. Entrar para alcanzar a Dios ----- La verdadera religión 39, 72.

. Retornar a sí es retornar a Dios ----- Sermón 96, 2.

. Encontrar a Dios es la felicidad --- Del Maestro 14, 46; Confesiones 13, 8, 9.

\* Dios habla en el corazón:

. En el corazón somos templos de Dios -- Sermón 53, 7.

. Dentro hablamos con Dios y El con nosotros --- Confesiones 5, 2, 2;  
Comentario al Salmo 137, 39.

. Ascensión del corazón ----- La verdadera religión 49, 133.

El éxtasis de Ostia ----- Confesiones 9,10,23-25.

### 3. Para vivir dentro:

- \* Purificación y liberación -----Sermón 53, 7.

- . Liberarse de las cosas exteriores ---- Comentario al Salmo 136, 9-10.

- . Necesidad de silencio --- Comentario Evangelio de Juan 17, 11.

- . Quitar lo que contamina el corazón ---- Sermón 278, 8.

- . La soberbia es el enemigo -- Confesiones 2,2,2; Comentario Juan 25, 15.

- \* Construcción:

- . Interrogarnos y examinar la conciencia --- Sermón 161, 8.

- . Contemplar a Dios en sus obras ---- Comentario al Salmo 76, 13-14.

- . Escuchar la voz de Dios --Comentario Salmo139,15; Del Maestro 14, 46.

- . Oración ----- Comentario al Salmo 34, 5, 1.

El Maestro interior quiere iluminarnos dentro ---Del Maestro 1, 2.

### 4. Conclusión:

- \* Necesidad de la interioridad -----Del Orden 1,1,3;Sermón 142,3-4;  
Comentario al Evang. de Juan 25, 17.

- \* En la vida interior, protagonista el Espíritu Santo ---La Trinidad 15, 31;  
Comentario al Evang. de Juan 12, 5.